ca del Apóstol: "Todos están sometidos á las potestades " superiores: porque no hai autoridad que no venga de Dios, " y él es quien las ha ordenado. Así pues, el que resiste á " la potestad, resiste á la ordenacion de Dios. El príncipe " es el ministro de Dios para el bien. Es pues necesario " que le estéis sometidos, no solo por el temor del castigo, " sino por un deber de conciencia. [1]

§. V.

Eternidad de sus promesas.

¿Qué vale para el hombre ser dueño de todo el mundo si pierde su alma? [2] he aquí una máxima que todo lo pospone á los intereses del espíritu. ¿Qué filosofía habia condenado con esta resolucion infalible la grandeza, las riquezas, el poder, la celebridad, la gloria misma del mundo, ídolos divinizados en el culto del gentilismo y honrados hasta la última bajeza por el incienso de la sabiduría pagana? Pero, ¿qué se necesitaba para esto? la sabiduría y el poder de su divino Autor. Al reino de los sentidos perecederos sucede el imperio del alma, que no espira jamas; y la muerte ha perdido sus terrores desde que se anunció la eternidad como el patrimonio de los que lloran, de los hambrientos, de los perseguidos, de los atribulados, de los que no temen sacrificar en las aras del deber todos los bienes que están colocados bajo el cómputo mezquino del tiempo. "*Sois mui venturosos, decia Jesucristo, cuando los hombres os maldicen, os vejan, os persiguen de muerte: porque vuestra recompensa es magnífica y eterna en el reino de los cielos.* [3] He aquí lo que promete el Evangelio á los verdaderos creyentes, á los que oyen y guardan al mismo tiempo la palabra de Jesucristo. *No temáis,* decia este Divino Maestro, *á los que matan el cuerpo; sino á Dios, que puede precipitar el alma y el cuerpo eternamente en el abismo.* [4] He aquí la pena con que amenaza el Evangelio á los que no tuvieren la noble resolucion de negarse á sí mismos, de mortificar sus pasiones, de seguir á Jesucristo. He aquí el último carácter de esta doctrina y un sello indeleble de su divinidad. Bien sabemos que la idea de otra vida estaba indicada en

1 Ad Rom. Cap. XIII, ℣. 1, et. seq.
2 Math. XVI, 26.
3 Id. cap. V, ℣℣. 11 y 12.
4 Math. cap. X, ℣. 28.

los Elíseos y en el Tártaro de los gentiles, y que el paganismo no fué de todo punto extraño á la idea de una eternidad: porque ya se sabe que el naufragio de los buenos principios no fué tan absoluto y universal, que no escapasen algunos restos bastantes á ocupar con provecho las nobles tareas y los preciosos afanes del talento antiguo. Pero tambien debemos confesar, que eran estas unas ideas vagas en la línea de lo abstracto; monstruosas, risibles y aun criminales en lo concreto; estériles en lo puramente especulativo; versátiles y desprestigiadas en lo práctico. En suma, no se tenia una idea exacta de la eternidad, no se conocia la bienaventuranza ni el verdadero infierno; ni ménos habia ocurrido á ningun legislador, á ningun sabio, hacer las asignaciones que Jesucristo hizo para la distribucion de estos dos destinos tan opuestos. El orgullo habia despreciado los deleites, los tesoros, el poder, la gloria; pero nadie se habia santificado en las tribulaciones, ni conocido el precio de la miseria, del dolor, del abandono: nadie habia traslucido la humildad, ni ménos colocado en la negacion de sí mismo el fundamento de una eternidad venturosa. La eternidad del Evangelio es una cosa inseparable de los objetos á que se aplica; y por tanto ella basta por sí para convencernos evidentemente sobre la mision divina de un personaje que predica esta doctrina sublime. Queda pues demostrado que la doctrina del Evangelio prueba evidentemente la divinidad de Jesucristo; porque no puede ser solo hombre quien propone una doctrina sublime en sus misterios, una en su economía, universal en su inteligencia, santa en su moral y eterna en sus promesas.

CAPITULO IX.

DE JESUCRISTO CONSIDERADO COMO SALVADOR DEL MUNDO.

Ya hemos visto cómo la redencion del género humano se habia de verificar por la pasion y muerte de Jesucristo, y en consecuencia cómo este sacrificio sangriento venia á ser el objeto y medio con que habia de realizarse el fin de la Encarnacion; cómo, supuesto el pecado original, el hombre no podia volver á la gracia sin ser perdonado, ni Dios queria perdonarle sin ser satisfecho: cómo esta satisfaccion plena y cumplida, segun el Decreto de Dios, debia consistir en la inmolacion de una víctima que tuviere un mérito infinito:

cómo Dios no podia ser inmolado en cuanto Dios, porque es impasible, ni el hombre podria satisfacer á Dios con su inmolacion, porque su sacrificio manchado y finito no habria sido aceptado; cómo para esto era necesario que Dios se hiciese hombre, para que padeciendo en cuanto hombre, mereciese como Dios; cómo para esto se hizo Dios hombre y este es el fin de la Encarnacion del Verbo. Tales son los principios del dogma de la redencion, y ahora por lo mismo debemos entrar á explicar el sistema de los medios, porque estos medios entrañan doctrinas mui importantes llenas de luz y de fuerza que conviene exponer.

En efecto, en el plan de misericordia que presidió á la Encarnacion del Divino Verbo, entraba, no solamente el dar á Dios una satisfaccion debida por el pecado, no solo reconciliar á Dios con el hombre, sino crear en favor de la humanidad un poder de perenne conservacion que, triunfando de todos los afectos terrenos, enfrenando los ímpetus de las pasiones, sostuviese al hombre en la práctica del bien, disponiéndole por este medio para entrar despues de la muerte en la posesion de la bienaventuranza, de esta herencia reconquistada para el mundo con la sangre del Justo, y donde vemos la feliz consumacion de la felicidad, perdida por el pecado y adquirida por la sangre de Jesucristo. A todo esto dió el lleno el Mediador de la nueva alianza, y por lo mismo, debemos manifestar aquí, como otros tantos objetos de nuestra fe, que Jesucristo es nuestro Redentor, y que con este carácter nos libró del pecado, nos volvió á la gracia de Dios y nos proveyó de los medios suficientes para obtener la vida eterna.

Aunque nadie puede, sin convertirse sinceramente de todo corazon, obtener el perdon de sus pecados, ni recobrar la benevolencia divina que por ellos ha perdido; sin embargo, todos los principios de la revelacion sirven á la fe católica de antecedente, para concluir con la mayor claridad que, si el hombre tiene que hacer estas cosas como una condicion indispensable para su reconciliacion, la purificacion del pecado en sí misma y el restablecimiento del hombre en el antiguo estado de gracia provienen exclusivamente de Jesucristo, como de su causa única. Como por otra parte todos los pasajes de la Escritura dicen casi constantemente estas dos cosas, esto es, que nuestros pecados han sido expiados por Jesucristo, y que nuestros antiguos bienes nos han sido restituidos por Jesucristo, vamos á citar algunos de los principales, sin establecer para esto division ninguna.

El ángel del Señor, hablando de María, dijo á José: "Ella

parirá un Hijo á quien llamaréis Jesus, porque él ha de librar á su pueblo de sus pecados." [1] El mismo Jesucristo afirma con demasiada frecuencia, que vino al mundo para salvar á los pecadores y reconciliar á los hombres con Dios por su muerte. *Yo he venido*, dice, *para que ellos tengan la vida y la tengan con abundancia.* [2]

Este es un asunto que el Apóstol trata admirablemente en todo el capítulo V de su epístola á los romanos. "Dios señala su caridad para con nosotros, dice, (versos 8.° y 9.°) porque cuando éramos aún pecadores, el Cristo murió por nosotros.... Si en efecto, prosigue, (verso 10) cuando éramos sus enemigos fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, con mayoría de razon serémos salvos por su vida."

No trascribimos mayor número de textos, por consultar á la brevedad. Mas en comprobacion de las gracias abundantísimas que debemos á la redencion, ya para libertarnos del pecado, ya para volver á la amistad de Dios, ya, finalmente, para sostenernos en su gracia, pueden leerse los versos 15 y 20 del mismo capítulo, los 18 y 19 del capítulo 5.° de la epístola II á los corintios, los 4.° y 5.° del capítulo IV de la epístola á los gálatas, los 13, 14 y 16 del capítulo II de la que el mismo apóstol dirigió á los efésios, el verso 2.° del capítulo II, el 10 y 14 del capítulo IV de la epístola I de San Juan. Por lo demas, nos basta recordar aquí la fe perpetua de toda la Iglesia, clara y ostensiblemente manifestada en todos los siglos: sus oraciones á Dios van dirigidas en el nombre de Jesucristo, como nuestra única esperanza: su Símbolo de Nicea dice terminantemente que Jesucristo "bajó de los cielos por nosotros los hombres, y por nuestra salud; que por nosotros fué crucificado, muerto y sepultado:" el mismo concepto envuelve el Símbolo de San Atanasio, donde leemos estas notables palabras: *Padeció por nuestra salud:* finalmente, nos hariamos interminables si pretendiésemos trascribir íntegra y textualmente todos los lugares teológicos que sirven de apoyo solidísimo á este dogma capital de nuestra fe.

Hemos probado que Jesucristo nos libertó de la culpa, nos restituyó á la amistad de Dios, reconciliándonos con él, y nos adquirió los títulos á la eterna felicidad, perdidos á consecuencia del pecado. ¿Pero se limitó á esto solo? Al consumar en la cruz su eterna y augusta mision, llenó aquellas

1 Math., cap. I, V. 21.
2 Joann., cap. X, V. 10.

condiciones de satisfaccion y merecimiento, sin las cuales, como largamente hemos dicho, hubiera sido imposible al género humano salir de su miserable y funesta condicion; pero ni nos privó de la libertad, ni quiso exonerarnos de merecer por nuestra conducta esa misma felicidad que nos habia merecido con su sangre. De aquí una nueva necesidad para el hombre. Dueño por los merecimientos de Jesucristo de una libertad absoluta, de unas relaciones eternas con su Creador, de unos títulos preciosos á la bienaventuranza; poseedor de una luz sobrenatural que le restituyó de un golpe y en su mas perfecta plenitud las verdades todas que la ignorancia y el error habian hecho desaparecer; heredero de unas promesas divinas que hicieron renacer la esperanza en el mundo; centro de unos sentimientos purísimos que abrasaban su corazon con la llama divina de la caridad, no necesitaba mas, para tocar los últimos términos de su ventura, que conservar ileso este infinito depósito que se le habia confiado. ¿Pero estaba en sus manos el responder seguramente de su conservacion? Con haber continuado el hombre con sus mismas pasiones, con sus mismas tendencias al mal, con la misma libertad de practicarle, con los mismos peligros de abandonarse á la independencia de la razon, á la ciega confianza de sus propias fuerzas y á los placeres delincuentes que hacen morir la virtud, nada hubiera sido tan fácil como la nueva degeneracion del mundo hácia todos los errores, absurdos y crímenes del paganismo, si Jesucristo no hubiese provisto á la conservacion de su obra con la continua aplicacion de los medios mas oportunos y eficaces para tan importante y necesario objeto. Dejando pues Jesucristo al hombre el deber indispensable de triunfar de todos los encuentros que debia sostener de continuo contra el demonio, contra el mundo y contra sí mismo, le proveyó al mismo tiempo de todos los recursos ordinarios y extraordinarios que pudieran ser necesarios para conservar su inocencia, recobrarla en caso de una pérdida, sostenerse en la virtud y merecer y conseguir, por último, la bienaventuranza eterna. Este conjunto de auxilios que Dios nos concede, por los méritos de Jesucristo, para nuestra salvacion, es lo que llamamos gracia, y por esto la definen los teólogos: *un don sobrenatural que Dios concede gratuitamente por los méritos de Jesucristo á las creaturas racionales, para conducirlas á la vida eterna.*

No nos detendrémos en explanar aquí estas grandes ideas, porque reservamos el hacerlo exprofeso para el libro décimo, destinado especialmente á tratar de la accion de la gracia sobre los fieles.

CAPITULO X.

EFECTOS DE LA REDENCION.

Muerto Jesucristo en la Cruz para consumar la obra de nuestro rescate y libertad; y muerto, no solo por el mundo entónces presente y futuro, sino por el mundo pasado, ganó por este solo hecho la bienaventuranza de aquellas almas que habian descendido al sepulcro ántes de que viniese al mundo. Muerto por un movimiento espontáneo de su voluntad, sin menoscabo alguno de su poder divino y sin que la muerte pudiese romper la union hipostática de la Divinidad con la humanidad en la Persona única del Verbo, debemos reconocer tres verdades: primera, que el alma fué realmente separada del cuerpo, pues en esto precisamente consiste la muerte: segunda, que la Divinidad no dejó ni un instante de estar unida tanto al alma como al cuerpo: tercera, que podia resucitar Jesucristo, pues que era Dios, tan luego como le pareciese. No habiendo tenido la muerte de Jesucristo mas objeto que la redencion de los hombres, no cabia ciertamente, ni era digno ni conveniente bajo ningun aspecto, que hubiese permanecido en el sepulcro y entre los hombres del mismo modo que habia estado en el mundo. Consumada su mision, era natural que volviese á su reino despues de haber tomado de nuevo la vida á presencia de los hombres. Siendo el Mediador, la víctima, la fuente de los merecimientos, el depósito de las gracias, es claro que todos y cada uno de los hombres contrajeron una obligacion personalísima con él, y que así como por él fueron redimidos, por su decreto habian de entrar á la vida eterna los que hubiesen permanecido fieles, ó ser condenados á la muerte eterna los que hubiesen despreciado sus méritos ó hecho de ellos aquel abuso que constituye la impenitencia final. Todas estas consideraciones explican suficientemente los otros artículos del Símbolo: esto es, que el alma de Jesucristo, unida con su Divinidad, bajó á los infiernos, miéntras su sagrado cuerpo permanecia en el sepulcro unido con la misma Divinidad; su resurreccion gloriosa, su ascension á los cielos, su permanencia á la diestra de Dios Padre, el juicio particular á que ha de someter á cada uno de los que mueren, la resurreccion de la carne, el juicio universal y la eternidad

del premio y de la pena que hayan de seguir á este juicio. Todos estos artículos son pues otras tantas consecuencias de la redencion, y otros tantos dogmas que someten nuestra fe con relacion á Jesucristo. Hablarémos de ellos en particular.

CAPITULO XI.

DESCENSO DE JESUCRISTO A LOS INFIERNOS.

Este es el dogma que inmediatamente sigue á los que acabamos de exponer. Nuestro manual catecismo formula en una pregunta y resuelve en una respuesta sábia y concisa, la cuestion teológica que este dogma contiene. Hablando del artículo de nuestro símbolo, donde se dice que Jesucristo bajó á los infiernos, pregunta: "¡Cómo bajó!" y responde: "Con el alma unida á la divinidad." Conforme pues enteramente á esto, reducirémos á una sencilla proposicion el argumento de este párrafo. Hela aquí. *La alma de Jesucristo descendió á los infiernos, esto es, al Limbo, para sacar de allí para el cielo á los justos del Antiguo Testamento.* Para confirmar el carácter dogmático de esta proposicion, basta recordar que ella está literalmente contenida en el símbolo de los Apóstoles; que lo fué igualmente en el de Nicea, y que ha sido la fe de la Iglesia católica en todos los siglos. En cuanto á la segunda parte, llamarémos la atencion de nuestros lectores sobre algunos de los muchos textos que en ambos Testamentos han recogido, para probar esta verdad, los Padres de la Iglesia y los mas graves autores. *Yo penetraré hasta los lugares mas profundos de la tierra,* dice la Sabiduría divina en el Eclesiastés, *echaré una mirada sobre los que allí duermen, y llenaré de luz á cuantos esperan en el Señor.* [1] Zacarías aludia proféticamente á este dogma en estas notables palabras. "Y tú mismo, oh Salvador, median-
" te la sangre de tu Testamento has hecho salir á los tuyos,
" que se hallaron cautivos, del lago en que no hai agua.
" ¡Oh vosotros prisioneros de la esperanza, convertíos á
" aquel que es vuestra fuerza." [2] No alude á otra cosa mas notable el Príncipe de los apóstoles en estas palabras: "Je-
" sucristo, muerto segun la carne; pero vivificado por el es-

1 Cap. XXIV, ℣. 45.
2 Cap. IX, ℣℣. 11 et 12.

" píritu de Dios: en el cual fué tambien á predicar á los es-
" píritus encarcelados." [1] Estos pasajes y otros varios, examinados segun la intencion de la Iglesia y los Padres, nos enseñan que Jesucristo descendió, no al infierno, donde estaban los condenados, para quienes no existia la esperanza, sino al Limbo, ó lugar donde se hallaban los justos del Antiguo Testamento. Pasémos á tratar ahora de la resurreccion gloriosa de Jesucristo; materia en que debemos extendernos algo mas, y á la cual por lo mismo dedicamos un capítulo separado.

CAPITULO XII.

DE LA RESURRECCION DE JESUCRISTO.

La resurreccion de Jesucristo se ha visto, y con razon, en la Iglesia como el argumento mas incontestable de su divinidad, y como la prueba por excelencia del celestial orígen de la santa religion que profesamos. Este solo hecho reune en el mas alto punto los caracteres divinos del Mesías, y explica maravillosamente el grande enigma que durante su vida habia presentado el pasmoso conjunto de sus humillaciones y de su poder. Desde que Jesucristo sale triunfante del sepulcro, arrastra necesariamente toda la conviccion del género humano hácia las verdades que propone; fija la creencia y establece incontrastablemente en el mundo el imperio que habia profetizado hablando de los tormentos y la muerte que iba á padecer. Antes de su resurreccion habia dicho Jesucristo: "Cuando yo haya sido elevado sobre la tierra, he de atraer hácia mí todas las cosas;" [2] y esta profecía, que pudo haber entónces producido en la razon humana los efectos de una paradoja, porque nada parecia mas extraño que fundar en la muerte de Jesucristo el principio de su reinado y todo el poder de su imperio, fué ya despues de su resurreccion un punto fácil de comprenderse; y nada pareció mas natural que la conquista del universo verificada en consecuencia del suplicio de una persona que habia resucitado al tercer dia de se muerte.

La resurreccion de Jesucristo por otra parte no es una verdad de raciocinio, una deduccion metafísica, expuesta por

1 I Epist. Cap. III, ℣℣. 18 et 19.
2 Joann. cap. 12, ℣. 32.

esto solo al conflicto de las opiniones de los filósofos, sino una verdad que cuenta en su apoyo con la evidencia de hecho, y remueve con esto solo hasta los últimos embarazos que pudiera oponer á la creencia la incredulidad. Tampoco es un hecho insignificante por su naturaleza, sino de la primera importancia en el órden metafísico, en el órden físico y en el órden moral, ya se considere el fenómeno en sí mismo, ya en la persona que resucita, ya en el pueblo preocupado fuertemente contra el verificativo de este anuncio que se le habia hecho con bastante anticipacion, ya por último, en la multitud y carácter de las consecuencias que naturalmente debian esperarse de la resurreccion de la víctima. Ménos puede decirse que sea un hecho oscuro, sino de la mas notoria publicidad, como verémos adelante, y bajo estos respectos, la resurreccion de Jesucristo es una prueba que reune todos los títulos que pudieran desearse para someter á la religion cristiana la razon de los siglos y la voluntad de todas las generaciones.

En una de las obras precedentes hemos dado todas las pruebas filosóficas que derraman la luz de la evidencia sobre este dogma fundamental del cristianismo; pero como es mui fácil que los que lean nuestra Exposicion de la Doctrina católica no hayan leido la obra citada, copiarémos aquí lo que á este propósito dijimos en ella, en obsequio de nuestros lectores y por la suma importancia del asunto.

Innumerables son los argumentos que pudiéramos desenvolver aquí, aprovechando los ilustres trabajos de todos los apologistas del cristianismo; pero cediendo á la brevedad, que nos es tan necesaria, seguirémos en nuestra prueba la rápida exposicion de dos clases de testimonios, que concurren á demostrar la existencia incuestionable del hecho milagroso que nos ocupa. Estos testimonios son, en primer lugar, el de los enemigos de Jesucristo; en segundo, el de sus apóstoles y discípulos.

CAPITULO XIII.

TESTIMONIO DE LOS ENEMIGOS DE JESUCRISTO.

Miéntras los discípulos de Jesucristo ungian el cuerpo de su Divino Maestro con cien libras de perfumes, los fariseos, los príncipes de los sacerdotes, trayendo á la memoria el anuncio de la resurreccion, se alarmaron sobre manera, é

inspirados por su odio y por el vivo interes que habian mostrado siempre contra la mision de Jesucristo, hablaron á Pilátos en los términos siguientes: "Señor, nos acordamos " que este seductor dijo, cuando vivia: Yo resucitaré al ter- " cero dia despues de mi muerte: tememos por lo mismo " que sus discípulos exhumen su cadáver en la noche, para " venir despues divulgando la especie de su resurreccion. " Dad pues vuestras órdenes para que su sepulcro sea ri- " gurosamente guardado durante esos tres dias, con todo " género de precauciones.—Id, pues, les respondió Pilátos, " ahí teneis soldados; disponed libremente de todo, como " mejor os parezca." Cuando ya lo tuvieron todo de su parte estos hombres encarnizados contra su víctima, la persiguen hasta en su tumba. Contaban ellos con el poder, con los recursos, con el prestigio y con todo género de influencias; y aunque no se necesitaba de tanto en un órden puramente humano para eludir cualquiera medida de los discípulos de Jesucristo, que en este mismo órden solo contaban con su pobreza, su debilidad y su afliccion; tomaron sin embargo las precauciones mas exquisitas, las medidas mas diestras y mejor combinadas, como si hubiesen tenido que luchar contra todos los esfuerzos del talento, de la opulencia y del poder. Sellaron el sepulcro, le rodearon de centinelas vigilantes con las mas estrechas prevenciones. ¿Y qué sucedió? Lo mismo que estaba profetizado. El hombre Dios sale glorioso de su sepulcro, sin hallar obstáculo de ningun género.

"¡Extraño embarazo! exclama un autor de nuestros dias; " ¡dificultad extrema para los enemigos de Jesucristo! ¿Qué " recurso les queda? Si los centinelas hubiesen faltado á " la vigilancia, habrian merecido ser castigados con la ma- " yor severidad; y en lugar de esto, se elige un partido, el " mas á propósito para confirmar y robustecer el grande he- " cho que tanto empeño habian tomado en desvirtuar: cohe- " chan á los soldados con el fin de hacerlos declarar que du- " rante la noche, fueron los discípulos de Jesucristo y extra- " jeron de allí el cuerpo de su Maestro." [1]

¿Puede imaginarse una salida mas ridícula? ¿Puede aventurarse una suposicion mas improbable? Los apóstoles se hallaban en la impotencia mas absoluta, no ya de formar el proyecto, sino aun de concebir siquiera la idea de sorprender la vigilancia y extraer del sepulcro el cuerpo de Jesucristo. O creian ellos su divinidad, ó no la creian: si lo primero, ¿qué necesidad tenian de concebir un designio de todo pun-

1 *Merault.* Preuves abrégées de la religion. §. IV.